

# TEXTUS ET COMMENTARIUM

## ORIENTACIONES PONTIFICIAS

por ANTONIO PEINADOR, C. M. F.

### VERDADERO Y FALSO REALISMO EN LA CONCEPCIÓN DE LA VIDA ACTUAL

En el Mensaje radiofónico de la fiesta de Navidad del pasado año 1956, el Romano Pontífice tocó un punto de sangrante actualidad, que no debemos dejar de recoger y de comentar quienes compartimos con él, en medida muy modesta ciertamente, la responsabilidad de orientar las inteligencias y de formar las conciencias de los individuos y de los pueblos.

«No hay duda, decía el Papa, que grava sobre la Humanidad del siglo veinte el peso de una contradicción flagrante: de una parte, está la segura confianza del hombre moderno, artifice y testigo de la *segunda revolución técnica*, de poder crear un mundo plétórico de bienes y de obras, liberado de la pobreza y de la incertidumbre; de otra, está la amarga realidad de los largos años de lutos y de ruinas, con el consiguiente temor de no conseguir establecer siquiera un humilde comienzo de armonía duradera y de pacificación. Hay algo, de consiguiente, que falla en el sistema de la vida moderna, un error sustancial debe corroer su raíz misma»<sup>1</sup>.

Dar con el fallo y con el error, y acertar en la manera de corregirlo, es lo que se pretende en este Radiomensaje, exponiendo a la consideración de todos, el verdadero y el falso realismo en la concepción de la vida actual.

I. Es cierto que el mundo viene sumergido en igual o parecida contradicción, desde los días de Adán pecador: siempre en el hombre el afán de superarse, de ganar la batalla a las fuerzas hostiles de la naturaleza, a las leyes imperiosas a que está sometida su temporalidad; y junto a esto, la desesperante experiencia de los grandes fracasos que archiva la

---

1. «Senza dubbio, il peso di una flagrante contraddizione grava sulla umanità del ventesimo secolo...; da una parte, è la fiduciosa aspettazione dell'uomo moderno, artifice e testimone della «seconda rivoluzione tecnica», di poter creare un mondo di pienezza in beni e in opere, affrancato dalla povertà e dall'incertezza; dall'altra, è l'amara realtà dei lunghi anni di lutti e di rovine col conseguente timore, in questi ultimi mesi aggravati, di non riuscire a fondare anche soltanto un modesto inizio di durevole armonia e pacificazione. Qualche cosa dunque non procede rettamente nell'intero sistema della vita moderna, un essenziale errore deve corrodere la sua radice». AAS, 1957 (49), p. 6.

“Salmanticensis”, 4 (1957).

historia y que atestigua la conciencia. Sino que mientras la religión ha dado, en todo momento, la clave para llegar al punto de convergencia de los términos de la contradicción, explicándola y trascendiéndola, la falta de fe en principios ultraterrenos se ha empeñado en desconocerlos, cerrando los ojos a la verdadera realidad, negando la evidencia o empinándose sobre la falsa plataforma del orgullo, mil veces hundida y sepultada por la violencia de la derrota, y otras mil levantada por el olvido de un pasado aleccionador, o por el odio apasionado, amasado de envidia y de impotencia.

No es difícil a la filosofía de la historia, descubrir la identidad sustancial de esta serie inacabable de contradicciones que, en cada época de la existencia de la humanidad, ha separado a los hombres en dos grandes bandos: el de aquellos que ven claro el secreto móvil de todos los acontecimientos, tratando de dirigirse, a través de ellos, felices o desgraciados, hacia un último fin, único para todos y punto de arranque común de las libres determinaciones de la voluntad racional; y el de aquellos otros que, falseando la realidad, pretenden encontrar una salida digna de todos los embrollos políticos, sociales, económicos, y aun morales, en la necesidad de cambiar los postulados absolutos que han dado en todo tiempo valor de eternidad, de inmutable perennidad a las relaciones de los hombres entre sí, y de los hombres con Dios, reconocido como primera causa y último término de cuanto tiene existencia, vida e inteligencia.

Son dos criterios opuestos de juzgar y de apreciar las cosas, que conducen a resultados igualmente contrarios: el criterio cristiano, que ha triunfado de la contradicción específica de cada hora, reconociendo lo que hay de permanente, entre lo que fluctúa y cambia, y abrazándose a ello fuertemente, y el criterio de los sin fe y sin Dios, que sucumben ante la impotencia para dominar la rebeldía de las voluntades, con el juego de una técnica puramente materialista.

«Los cristianos tienen la persuasión de que esta misma contradicción de ahora constituye la mejor prueba del abismo que separa la realidad que se vive, de la fe que debiera presidirla, y de que se necesita, ante todo, salir al encuentro de este mal»<sup>2</sup>. Y es así. Los grandes progresos de la ciencia habrían deparado ya una mayor tranquilidad social y una disminución sensible, en todos los pueblos y en todos los individuos, de la parte que a cada cual nos corresponde en la triste herencia del primer pecado y de los pecados que le han seguido, si en vez de cegar al hombre enorgullecido, apartándole de Dios, le hubiera servido para descubrirle, para adorarle, para amarle y obedecerle, puesto que «invisibilia Dei, per ea quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur».

---

2. *Ib.*, p. 6.

Se impone, por lo tanto, distinguir perfectamente el verdadero del falso realismo en la concepción de la vida actual.

II. La realidad humana hay que reconocerla y aceptarla como es en sí. En ella se esconde algo de absoluto y de intangible, capaz de explicar toda anomalía o contradicción en el hombre y en sus esfuerzos por desembarazarse del mal físico y del mal moral; y así mismo, con valor sobrado para redimirle de la agobiante opresión en que le tiene sumido el contraste de lo que ambiciona y por lo que lucha con lo que logra de hecho.

Es verdad absoluta, inatacable, la grande dignidad y la sublime elevación de la humana naturaleza. Lo es, no menos, la limitación del alcance de su poder y de su obrar.

Nadie como el cristiano sabe y afirma la bondad fundamental del hombre y su dignificación por la gracia; que, aunque maltrecha aquélla y perdida ésta por la culpa original, que para él es dogma de fe, la acción redentora de Cristo, hombre y Dios, le restituyó a su primitiva grandeza: «ubi abundavit delictum, superabundavit gratia». Pero, al propio tiempo, nadie mejor que él entiende que Dios, como Padre amoroso, mide sus gracias y sus ayudas a los hombres por su infinita santidad y por la justicia de su siempre benévola voluntad, que sólo mira a que podamos todos conseguir libremente nuestro eterno fin <sup>3</sup>.

Para hacerse dueño de la situación y alcanzar esa relativa paz y felicidad a que podemos aspirar aquí abajo, el hombre de fe se basta a sí mismo, encerrándose en sus creencias; pero es claro que al cristiano se le exige una contribución eficaz al esfuerzo común por liberar a la sociedad de hoy día de las funestas consecuencias de la contradicción a que hicimos referencia.

El pecado, el delito, la pena, las diferencias sociales con la secuela de miserias de todo orden, son realidades que nadie niega, aunque se bauticen con nombres diversos. Y son ellas el determinante inmediato de los grandes desasosiegos que llevan el luto y la tristeza a los pueblos y a los hogares. Conocer estas realidades en su propio y verdadero ser, sin desfigurarlas o falsearlas, es importantísimo para evitarlas, en lo posible, o para disminuir su influencia en los acontecimientos y en la vida.

Negar el pecado, dando a la culpa moral o a la transgresión delictiva, el valor de una pura desviación psicológica morbosa, sujeta al poder curativo de la ciencia o de la técnica, poseedora del secreto resorte a que

---

3. «E mentre trova —el cristiano— ragionevole e giusto che Dio non sia obbligato a creare il migliore di tutti i mondi, trae conforto dal pensiero che lo stesso Dio, quale Padre amorevole non si lascia prescrivere la misura della grazia e degli altri aiuti agli uomini, se non dall'infinita santità e giustizia della sua sempre benevola volontà, la cui mira c'è che tutti gli uomini possano in libertà conseguire il loro eterno fine». *Ib.*, p. 9.

obedecería el mecanismo interior de los afectos, de las tendencias, en una palabra, de los actos de la voluntad, es fácil; sin embargo, es sencillamente absurdo. Ni resiste una negación tan gratuita el examen serio e introspectivo de lo que en nosotros vemos y de lo que observamos en los demás. «Aun admitiendo que el hombre es víctima involuntaria de muchas conmociones naturales y de complejos funcionales, con todo, reconociendo su significado y su importancia, es siempre dueño de todo eso, bien distintamente de lo que sucede con la materia, las plantas y los animales... El hombre domina esas conmociones y esos complejos, porque es sustancia espiritual, persona y sujeto que hace o deja de hacer por su libre determinación. En esto consiste su dignidad específica, y esto explica también sus limitaciones. Por esto es capaz de obrar lo bueno, pero también lo malo; de actuar todas las posibilidades y disposiciones positivas de su ser, pero también de ponerlas en peligro»<sup>4</sup>.

Evidentemente, el error a que acabamos de referirnos, tiende a borrar la conciencia moral y la idea de responsabilidad, como medio expeditivo para quitar hasta la posibilidad de esos graves conflictos sociales y personales, que amargan la existencia de los hombres. Pero la verdad está imponiéndose con su fuerza incontrastable.

Como enseñan la fe y la misma razón natural, la realidad humana y la sociedad en toda su complejísima integridad, tienen como fundamento la acción libre y misericordiosa de Dios y la libre intervención del hombre: una intervención animada por el amor y la fidelidad, dondequiera sigue éste la ordenación divina<sup>5</sup>.

La sociedad humana, la familia, el matrimonio, las comunidades profesionales, la unión social en la propiedad personal, son otra serie de realidades que nos viene transmitiendo el pasado. Pretender someterlas a revisión, como si en ellas se ocultara la causa, o alguna parte, al menos, de la causa de los males presentes, sería otro fatal error. «Son, dice el Papa, células esenciales que aseguran la libertad del hombre, y con ello, su oficio en la historia. Son, por lo tanto, intangibles; y su sustancia no

4. «Anche ammettendo come è vero che l'uomo risente l'impulso di molti svolgimenti naturali e di complessi funzionali, egli resta tuttavia, ben altrimenti che la materia, la pianta e l'animale, al di sopra di essi, e, pur riconoscendone il senso e l'importanza, sarà sempre il loro signore, che in libera causalità in un modo o in altro li inserisce nel corso degli eventi, L'uomo domina quegli svolgimenti e complessi, perchè è soprattutto una sostanza spirituale, una persona, un soggetto di libera azione ed omissione, e non soltanto il punto d'intreccio nello svolgersi di quei processi naturali. In ciò consiste la sua dignità, ma anche il suo limite. Perciò egli è capace di fare il bene, ma anche il male; capace di attuare tutte le possibilità e disposizioni positive del suo essere, ma anche di metterle in pericolo». *Ib.*, p. 11.

5. «Egli —el cristiano— sa che non un evento svolgentesi secondo necessità meccanica è a fondamento della umana realtà e società, ma la libera e sempre benevola azione di Dio, e la libera azione degli uomini; un'azione animata da amore e da fedeltà dovunque essi seguono l'ordinamento di Dio» *Ib.*, p. 14.

puede estar sujeta a una arbitraria revisión» <sup>6</sup>. Tratar de independizar de Dios, verdadero y supremo Ordenador de todo, estos valores, estas realidades auténticamente humanas, sería dar en un mecanicismo materialista, enemigo de la libertad; ya que, entonces, el hombre se convierte en una de tantas cosas inanimadas, objeto de la composición y de la desintegración propias del laboratorio. «Es laudable, ciertamente, el interés por mejorar las estructuras sociales existentes y susceptibles de perfeccionamiento; pero sería una equivocación lamentable arrancar al hombre de todos los esquemas tradicionales, bajo la influencia de la técnica y de la organización moderna» <sup>7</sup>.

III. En orden a establecer el verdadero realismo en la concepción de la vida actual, conviene asentar firmemente el principio siguiente: «la libertad y la responsabilidad personales, la sociabilidad y el ordenamiento social, el progreso bien entendido, son valores humanos, puesto que los actúa el hombre y saca de ellos provecho, pero lo son también religiosos y divinos, si se atiende a su origen fontal» <sup>8</sup>.

Es imposible que los hombres de buena voluntad, que sinceramente buscan la paz y la armonía en las relaciones mutuas de los individuos y de las naciones lleguen a entenderse, si se niegan estos valores absolutos. «¿Cómo, en efecto, podrán encontrarse quienes siguen caminos divergentes?» <sup>9</sup>. De la misma manera, es imposible que sin el recurso a principios superiores, que todos deben admitir, sea dado establecer, con toda claridad, los límites que separan el derecho y la injusticia, lo lícito y lo inmoral. Cualquier otro procedimiento para solucionar los inevitables conflictos, adolecería de ese falso realismo, que sólo considera un aspecto del problema, un lado de los intereses en pugna: aquel que conviene al egoísmo o a las miras particulares; de donde resulta que las agresiones contra la paz se estudian, no a la luz de los principios absolutos, que son la norma indeclinable para juzgar, en verdad, de las humanas realidades, sino conforme a las conveniencias circunstanciales, amparadas por la fuerza, no por el derecho. La falta de eficacia en el tribunal internacional de las Naciones Unidas, que el Papa lamenta, con una referencia a los acontecimientos de Hungría del pasado año, no reconoce otras causas que esta falsa apreciación de las cosas y del acontecer histórico, en una buena parte de los responsables del orden y de la paz universales.

6. *Ib.*, p. 15.

7. *Ib.*, p. 15.

8. «La libertà e la responsabilità personale, la socievolezza e l'ordinamento sociale, il beninteso progresso sono dunque valori umani, perchè l'uomo li attua e ne trae vantaggio, ma anche religiosi e divini, se si guarda la loro sorgente». *Ib.*, p. 16.

9. «Com'è possibile d'incontrarsi, se li vie divergono, se cioè da una delle parti ostinatamente si respingono e si negano i comuni valori assoluti, rendendo quindi inattuabile ogni *coesistenza nella verità?*» *Ib.*, p. 20.

«Nadie espera ni exige lo imposible, ni siquiera de las mismas Naciones Unidas; pero se hubiera podido desear que el peso de su autoridad se hubiera dejado sentir, al menos por medio de observadores, en aquellos lugares en que peligraban los valores esenciales del hombre» <sup>10</sup>. Y aquí está precisamente lo grave. ¿Están de acuerdo todos acerca de los que son valores esenciales del hombre? ¿Los admiten, por igual, todos, en toda la integridad de sus exigencias?

Hay una filosofía enraizada en la misma naturaleza del hombre, y unos principios revelados por Dios, que ponen a la mejor luz esos valores esenciales. En admitirlos a ultranza está el secreto del verdadero realismo en la concepción de la vida actual. Ahora bien, junto a estas fuentes puras de las que brota la verdad, hay otras que envenenan las mejores intenciones, por el gran caudal de errores que de ellas manan. Para muchos, todos los males que padece la sociedad actual son imputables únicamente a la religión; más concretamente, al catolicismo, que se empeña, dicen, en convertir en lucha religiosa lo que no es más que divergencias de tipo político o económico. De donde concluyen ser inofensivos los conflictos entre Occidente y Oriente, puesto que con un poco de sentido práctico por ambas partes bastaría para armonizar los intereses económicos encontrados o las relaciones políticas poco suaves <sup>11</sup>.

No es eso, escribe el Papa. No se trata de organizar una Cruzada en el sentido clásico; pero evidentemente los pueblos que sienten muy entrafado el ideal religioso, no pueden menos de concebir como una cruzada la lucha a que injustamente les arrastra el enemigo. «Ahora, lo que sí afirmamos para todos, ante las tentativas de hacer aparecer como inofensivas algunas tendencias nocivas, es que se trata de cuestiones que se refieren a los valores absolutos del hombre y de la sociedad» <sup>12</sup>. Querer establecer el orden y labrar la común prosperidad de espaldas a estos valores, negándolos o prescindiendo de ellos, sería ver las cosas como no son y dar a las palabras paz y progreso, bienestar y felicidad, un sentido partidista, subjetivo, ajeno totalmente a las exigencias nativas de la criatura racional y a los postulados de la rehabilitación llevada a cabo por Jesucristo Redentor.

10. «Nessuno aspetta o richiede l'impossibile, neppure dalle stesse Nazioni Unite; ma si sarebbe potuto attendere che la loro autorità avesse avuto il suo peso almeno mediantei osservatori, nei luoghi in estremo pericolo per i valori essenziali dell'uomo». *Ib.*, p. 20.

11. P. 16.

12. «Ma ciò che per tutti affermiamo, di fronte al tentativo di far apparire inoffensive alcune tendenze nocive è che si tratta di questioni concernenti i valori assoluti dell'uomo e della società». *Ib.*, p. 17.